

ESQUELETO DEL SERMON II

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

Signum magnum apparuit in celo: mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim. (Apoc. XII, 1).

Hé aquí el gran prodigio que apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.

Regina Angelorum: ora pro nobis. (Eccles. in Lit. Lauret.).

Rogad por nosotros, ó Reina y Señora de los Angeles.

1. Ya desde los primeros siglos de la Iglesia, y despues en todas épocas, hubo enemigos irreconciliables de María... Los de nuestro siglo, no contentos con la escandalosa herencia de...

2. No podemos acercarnos al Padre sin un mediador, ni á este sin una medianera... ¡Oh María!... inmaculada desde vuestro primer instante, sois la única que... Si Vos nos faltais, preciso será...

3. Máximas del siglo... Si tales son ellas, ¿á qué declamar contra el culto de María? ¿Acaso porque es fanático y supersticioso? ¡Insensatos! Y aun cuando así fuese, ¿puede esto...?

4. Afanes, desvelos de la incredulidad... Jansenistas..., Sansimonianos..., Ermesianos... Todos son eco de los Dióscoros, Eutiques, etc.

5. Pero si entre ellos, y aun entre nosotros, hay espíritus ciegos que..., no puede negarse que cuanto hay de sábio é ilustrado no se desdeña de... En todas partes resuena con gloria el nombre de María: *Beatam me dicent*, etc.

6. Pero ¿qué mayor prueba de esta devocion fervorosa, que el espectáculo que hoy...? ¡Ah! pueblo venturoso!... No podias haber adoptado otro título que mas cuadre á... Decir *Reina y Señora de los Angeles*, es decir... Me ceñiré á manifestaros que...

7. Para el acierto..., ayudadme á implorar los...

Primera reflexion: Justamente aclamamos á María Reina y Señora de los Angeles, puesto que este augusto dictado fluye necesariamente de la doctrina de la fe.

8. La fe nos dicta que María es Madre de Dios, y por lo mismo superior á todas las criaturas celestes y terrestres. La que tuvo bajo sus órdenes al Hombre-Dios, ¿no será superior...? San Atanasio..., san Bernardino de Sena...

9. *Tot creaturæ serviunt gloriosæ Virgini*, quot, etc., dice el mismo san Bernardino. Si, pues, millares de Angeles rodean el trono del Cordero, y..., millares tambien alaban á la que es Hija, Madre y Esposa de Dios... Palabras del abad Arnoldo...

10. Léjos de nosotros suponer una igualdad de nivelacion entre Jesús y María. Jesús es Dios, y María aunque Madre suya no es mas que una de sus criaturas, pero su misma maternidad la hace superior á todas estas... Palabras de san Buenaventura, de santo Tomás, del abad Guerrico...

11. *Pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis*, etc. Si en la tierra un espíritu de primer órden la saluda llena de gracia, en el cielo no uno, sino todos los coros angélicos admiran sus gracias y... Palabras de san Bernar do...

Segunda reflexion: Justamente aclamamos á María Reina y Señora de los Angeles, puesto que este es el lenguaje sublime de la tradicion de todos los siglos.

12. Ya desde el primer siglo María es aclamada Reina y Señora de los Angeles... San Efren..., Arnoldo Carnotense..., san Anselmo..., Abad de Celles..., Guillermo...

13. Palabras sublimes de san Juan Crisóstomo...

14. No es posible resumir en un breve discurso los testimonios de diez y ocho siglos... Yo os diria con el Doctor angélico..., con san Pedro Damiano..., con san Bernardino de Sena..., con el sapientísimo Gerson...

15. Ni un solo Padre ó doctor de la Iglesia ha dejado de reconocer las prerogativas de María sobre todos los coros angélicos... No hay pueblo, ni altar, ni templo alguno donde no se oiga: *Regina Angelorum, ora pro nobis*.

16. ¡Cuántas veces habeis repetido estas palabras, vosotros...!

¡Cuántas veces estas sagradas bóvedas...! ¡Oh monte santo!... Tú mejor que ninguno otro... Tú les dices lo que fueron sus padres..., lo que...

17. ¡Ah! recordad aquel día feliz...! Reposad en paz, cenizas venerandas! Jamás este pueblo olvidará... Sí, pueblo religioso, todo en ese asilo respira amor... ¿Quién jamás invocó á María...?

18. No por ser María Reina de los Ángeles dejó de ser Madre compasiva de los hombres. Preguntad á vuestros padres, y ellos os dirán lo que en todos tiempos fue para ellos... Cuando en la esterilidad..., en la angustia, etc. Vosotros, hijos de tales padres, no os desviéis un punto de... Seguid constantes... Agrupaos en derredor...

19. *Deprecacion*: ¡Oh Reina y Señora de los Ángeles!... *Respice de celo, et vide, etc. Perfice eam quam plantavit, etc. Fiat manus tua super, etc.*

SERMON II

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

Signum magnum apparuit in celo: mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim. (Apoc. XII, 1).

Hé aquí el gran prodigio que apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.

Regina Angelorum: ora pro nobis. (Eccles. in Lit. Lauret.).

Rogad por nosotros, ó Reina y Señora de los Angeles.

1. Si es indisputable que la devocion y culto de María data desde la mas remota antigüedad, no lo es menos que desde los primeros siglos del Cristianismo viéronse brotar enjambres de viles insectos que, apurando los quilates de su pérfida malignidad, se declararon enemigos irreconciliables de esta bella criatura, obra maestra de la diestra del Excelso, y reproduciéndose sin interrupcion en todas épocas, dejaron marcadas, por donde quiera que pisaron, las inmundas huellas de su impiedad. Pero esta impiedad parece haber llegado á su apogeo en un siglo ¹ cuyo genio eminentemente destructor, no contento con adoptar los principios de muerte de los que le precedieran, ni satisfecho con recoger la escandalosa herencia de los prohombres de Ferney y de Ginebra, de los hipócritas cuanto orgullosos Arnaldistas y Quesnelianos, solo tuvo el funesto talento de añadir nuevos errores á los de aquellos, y de apurar el sofisma hasta dejar al hombre en la mas horrible desnudez, aislado en sí mismo, sin vínculos, sin centro, sin unidad, sin porvenir, sin esperanza, SIN DIOS!!!

¹ Predicábase este discurso en la funcion anual que el pueblo de Getafe consagró á su patrona amantísima, María, bajo la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, el año de 1842.

2. Porque, ¿qué medio nos resta de reconciliación con el Padre sin el Mediador eterno por quien únicamente puede hallar acceso al trono de la piedad y de la misericordia el hombre delincuente? ¿Y cómo podríamos acercarnos á este medio que nos pone en contacto con la Divinidad, sin aquella que ha sido constituida medianera nuestra para con su divino Hijo? ¡Oh María! sin Vos el hombre nada tendría que esperar. Hija de Adán como nosotros, como nosotros participante de su carne y de su sangre, si bien excluida de su culpa y toda llena de los celestiales influjos de la gracia desde vuestro primer instante venturoso, sois la única que podeis inspirar en nuestros pechos aquella confianza filial que nos hace esperar las misericordias del Señor. Si, pues, Vos nos faltais, preciso será renunciar á nuestra eterna ventura, lanzarnos en el caos de la desesperación, perecer deberémos para siempre...! ¿Y sería esto posible?

3. Á esto tienden, católico y religioso pueblo, las envenadas máximas del siglo. Fijando en el sepulcro el fin único de la criatura, cerráronnos para siempre las puertas de la inmortalidad. Señalando con el dedo el polvo de la tumba, los gusanos, la podredumbre, la nada... hannos dicho: ¡ESE ES EL HOMBRE! ¡mas allá nada existe; todo es caos! ¿Qué, pues, les restaba por hacer á esos destructores imbeciles del hombre, á esos importunos panegiristas de la muerte? Si esta es la destruccion total del ser humano, ¿á qué insistir ya en multiplicar sus declamaciones impías contra el culto de María? ¿Acaso porque es fanático y supersticioso? ¡Insensatos!... Y aun cuando así fuese; ¿puede esto perjudicar en nada al interés personal ó al bien de la sociedad? ¿Por qué, pues, no dejais en pacífica posesion de sus creencias á los que en este culto inocente é inofensivo fundan el consuelo de sus aflicciones, el alivio de sus males, y la esperanza de su porvenir?

4. Sin embargo, ¿quién ignora los afanes, los desvelos, el proselitismo de la incredulidad moderna por arrancar de los pechos católicos la confianza que inspira á los descendientes de la Eva culpable el vaticinio pronunciado en las amenidades del Eden en favor de la Eva reparadora? ¿Qué otra cosa son las almiaradas teorías de los Jansenistas, la regeneración ideal de los Sansimonianos, los errores de los Ermesianos, sino el eco, si bien desgastado é inútil, del bronco grito que en sus días lanzaran los Dióscoros, los Eutiques, los Luteros y Calvinos, y toda esa série de herejes á quienes el mundo es deudor del ateísmo que le deshonorá?

5. Pero si entre los descendientes de estos, no menos que entre los mismos que con impudencia inconcebible atrevéense á arrogarse el honroso título de cristianos, se encuentra á la verdad multitud prodigiosa de espíritus ciegos que osan despreciar el culto de María como propio únicamente de espíritus menguados é ignorantes, no es menos cierto que cuanto el mundo cuenta todavía de sábio y verdaderamente ilustrado, no se desdeña de agruparse en derredor del solio majestuoso de esa venturosa mujer, que cual signo portentoso vió aparecer el apóstol de Patmos en lo mas encumbrado del cielo, vestida del sol, calzada de la luna, y ceñidas sus sienes con una corona de doce estrellas. En efecto, el nombre de María resuena hoy mas que nunca, y se pronuncia con gloria en todos los idiomas del globo conocido. Las orillas del Eufrates escuchan sus alabanzas; y en el celeste imperio, y en el Japon, y en el orbe todo se la aclama bienaventurada, segun ella misma vaticinara en su misterioso cántico: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* (Luc. 1, 48).

6. Empero, ¿qué mayor prueba de esta devoción fervorosa que el espectáculo que hoy se ofrece á nuestra vista? ¡Ah! pueblo venturoso! ¡cuán satisfactorio me es publicar en este día las glorias que te ilustran! Yo abro tus anales, atravieso siglos, retrocedo un sinnúmero de generaciones, y por todas partes encuentro vestigios de la piedad con que tus antepasados veneraron á la incomparable Virgen María en esa su imagen sacrosanta; piedad que fue tambien recompensada en todos tiempos con una protección singularísima, prueba evidente de cuán aceptables le son los obsequios que se le tributan bajo ese misterioso al par que augusto título de *Reina y Señora de los Angeles*. Ni podiais haber adoptado otro que mas propiamente cuadre á una criatura que, por un orden providencial y extraordinario, fue escogida entre todas las hijas de Adán para una dignidad que reasume en sí toda la grandeza y la mayor elevación posible despues del supremo Criador. Decir *Reina y Señora de los Angeles*, es decir lo que no es posible comprender; porque ¿quién será capaz de sondear el abismo de gracias y perfecciones que encierra este título misterioso? No seré yo, católicos, quien tal intente; comprometido á formar el elogio de vuestra amantísima Patrona, no haré mas que ceñirme á manifestaros cuán justamente la aclamais *Reina y Señora de los Angeles*, puesto que este augusto dictado fluye necesariamente de la doctrina de la fe, y es el lenguaje sublime de la tradición de todos los siglos.

7. Para el acierto en el desempeño del asunto propuesto, ayúdame á implorar los auxilios divinos, por la mediacion de esa Virgen única; y al efecto saludémosla todos con la mayor reverencia, cual lo hiciera el celestial Arcángel: *Ave María*.

Primera reflexion: Justamente aclamamos á María Reina y Señora de los Ángeles, puesto que este augusto dictado fluye necesariamente de la doctrina de la fe.

8. Dije, católico y religioso pueblo, que llamar á María Reina y Señora de los Ángeles, es un lenguaje que fluye necesariamente de la doctrina de la fe; y aun nada creeria aventurar si me atreviese á añadir que la fe misma es quien nos obliga á prodigarla este majestuoso dictado. Porque, si la fe es la que, por el órgano de los sacrosantos concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia, nos enseña que María es y debe llamarse con toda propiedad Madre de Dios, en razon de haber sido ella la que, por operacion del divino Espíritu, concibió en su purísimo y virginal seno al adorable Verbo, y le dió á luz de su propia sustancia; la fe es la que nos hace inferir que, en virtud de esta dignidad inefable, es superior á toda naturaleza criada, sin excepcion de los mas encumbrados espíritus que rodean el trono del Altísimo. ¿Y quién osaría disputar á esa Virgen excelsa esta superioridad universal sobre todas las criaturas terrestres y celestes? La que en virtud de su autoridad maternal pudo imponer sus preceptos al Hombre-Dios, le vió sumiso y obediente á sus voluntades, y pronto á ejecutar con la mas perfecta deferencia sus meras insinuaciones (*Luc. II, 51*); ¿no deberá ser juzgada superior de todo punto á los Ángeles, Reina y soberana Señora de todas las jerarquías que adoran á su divino Hijo? Si Jesucristo es Rey, ha dicho un vasto y profundo ingenio, con justísima razon María su divina Madre debe llamarse Reina¹, y esto desde el instante mismo en que advertida por el ángel Gabriel que habia sido escogida para Madre de Dios, prestó su asentimiento á las disposiciones del cielo; pues que aquel *fiat* admirable la mereció, en sentir del Padre san Bernardino de Sena, el imperio de todo el universo, el dominio del mundo y el cetro del reino celestial sobre todas las criaturas². Si los Ángeles primitivos por la soberbia con

¹ Si ipse Rex est qui natus est de Virgine, Mater quæ eum genuit Regina et Domina proprie ac vere censetur. (*S. Athanas. serm. de Deip.*).

² Hæc autem Virgo in illo consensu meruit primatum orbis, dominium mundi, sceptrum regni super omnes creaturas. (*S. Bern. Senen. t. II, p. 51*).

que pretendieron escalar el trono de Dios y hacerse semejantes al Altísimo se hicieron acreedores á ser arrojados á las profundidades del averno, María en recompensa de aquella humildad profundísima con que se declaró la esclava del Señor, abatiéndose hasta el polvo puntualmente cuando se le anunciaba su mayor grandeza, fue dignamente ensalzada hasta lo mas elevado del empíreo, y constituida el terror de los demonios, la reparadora de los hombres y la restauradora de los Ángeles.

9. De aquí nos es lícito concluir con el citado Padre que cuantos son los que sirven y adoran á Dios en el cielo y en la tierra, tantos son los que sirven y reverencian á su augustísima Madre¹. Si, pues, millares de millares de Ángeles ministran al Rey de las eternidades, si toda la corte de espíritus celestes rodean el trono del Cordero, y cantan sin cesar loor, alabanza y bendicion al que les redimiera con su sangre, y arrojan sus coronas ante el solio majestuoso del Monarca universal de todos los siglos; millares tambien de millares alaban y engrandecen á aquella que, por haber suministrado su sangre purísima para el inefable misterio de la reparacion, fue digna de ser ensalzada á la cualidad augusta de Reina del empíreo, en donde, sentada majestuosamente á la diestra de su divino Hijo (*Psalm. XIV, 10*), es coronada por él como Madre, por el Eterno como Hija, y por el Espíritu Santo como Esposa agraciada. Toda la Trinidad beatísima contribuye á engrandecer y glorificar á esta incomparable criatura. Elevada en cierto modo á un orden hipostático por efecto del incomprensible misterio de la Encarnacion de la segunda persona en sus entrañas virginales, imposible es dividir su dominacion de la dominacion del Verbo sobre todo cuanto existe, á no separar la carne del Hijo de la carne de la Madre, ha dicho con admirable energía una sapientísima pluma²; lo cual siendo irrealizable, resulta ser comun la gloria de María con la de Jesucristo, é idéntica hasta cierto punto su soberanía sobre los Ángeles y espíritus bienaventurados³.

10. Aventurada tal vez y aun sobradamente temeraria pudiera

¹ Tot creaturæ serviunt gloriosæ Virgini, quot serviunt Trinitati; omnes namque creaturæ, sive Angeli, sive homines, et omnia quæ sunt in celo et in terra, quia omnia sunt divino imperio subjecta, gloriosæ Virgini sunt subjecta. (*S. Bern. Senen. t. II, c. 61*).

² Neque à dominatione Filii Mater potest esse sejuncta. Una est Mariæ et Christi caro. (*Arnold. Abb. De laud. Virg.*).

³ Filii gloriam cum Matre, non tam communem judico quam eandem. (*Id. loc. cit.*).

pareceros esta expresion, carísimos oyentes, si contentándoos con mirarla en la superficie, no os paráis á investigar el genuino y verdadero sentido en que debe entenderse. Léjos de nosotros suponer una identidad perfecta, una igualdad de nivelacion entre Jesús y María. ¡Error! ¡blasfemia! Sabemos muy bien que Jesucristo haciéndose hombre, no dejó de ser verdadero Dios; que como tal dista infinitamente de la criatura, y que en este concepto María hállase separada por una distancia infinita de aquel que la criara. Ensalzada, empero, esta Señora á una dignidad la mas inefable, cual es la divina maternidad, no dudamos afirmar y sostener que ella es lo mas perfecto, lo mas singular, lo mas grande y peregrino que saliera de la omnipotente diestra; y que si bien Dios pudo criar un cielo mayor y mas hermoso, un mundo mas lleno de maravillas, astros mas brillantes que los que matizan las celestes bóvedas, jamás, empero, pudo criar una madre mas agraciada y perfecta que María¹. Todo cuanto hay de mas grande en el universo es menor que la Virgen, y en el cielo solo el Artífice supremo sobrepuja á esta obra maestra y colosal de su omnipotencia. Luego María es superior á todos los espíritus celestes, es la soberana Señora de los Ángeles. Y si no, ¿á quién de ellos fue dado el poder decir á Dios: Tú eres mi Hijo? Á ninguno: solo á María ha sido conferido este honor; ella es la única que puede decirle con toda verdad: «Yo te he engendrado de mi propia sustancia; y su sangre que, vertida en la cruz, sirvió de expiacion por los delitos de todos los hombres y reparó las ruinas de los Ángeles, ha circulado antes por mis venas y manado de mi mismo corazon: *Filius meus es tu: ego hodie genui te.*» (Psalm. II, 7). ¡Qué grandeza tan incomprensible! ¡qué dignidad tan elevada! Ahora bien, católicos, si, conforme á aquel principio tan conocido del Doctor angélico, en proporcion que una cosa se aproxima mas á su origen tanto mas participa de sus propiedades y perfecciones; siendo María la criatura mas próxima á Dios por su dignidad de Madre del Verbo, ¿podrá haber otra que como ella participe de su gloria y de los homenajes que se le rinden en el cielo y en la tierra? ¿Á quién mejor podrá convenir el dominio, ni con mas justicia atribuirse el dictado de Reina de los Ángeles que á aquella que mereció concebir

¹ Esse Matrem Dei est gratia maxima puræ creaturæ conferibilis. Ipsa est quam majorem facere non potest Deus. Majorem mundum facere potest Deus, majus cœlum; majorem quam Matrem Dei facere non potest. (S. Bonav. in *Spec. B. Virg.* lec. 10).

y dar á luz al que continuamente sirven los Ángeles y á quien cantan tres veces Santo los mas encumbrados Serafines? ¡Oh María! con razon te aclaman bienaventurada todas las generaciones: y no solo en este suelo la generacion de los justos, sí que tambien en el cielo la generacion de los Ángeles, la generacion de los Arcángeles, la generacion de los Querubines, la generacion de los Serafines, y los Tronos, y las Dominaciones, y las Potestades, y los Principados, y las Virtudes te llaman su Reina, su Señora y Soberana: porque á tí sola, despues de Dios, es debido como á Hija, Madre y Esposa del Monarca celestial, el imperio y la soberanía sobre todas las criaturas¹.

11. Así exclamaba un santo Doctor en los excesos de admiracion que le causaba la grandeza sin par de esa Reina de los Ángeles. Ni es de extrañar, cuando los Ángeles mismos, absortos y pasmados á vista de beldad y magnificencia tanta, no pueden menos de compararla á la aurora que alegra y vivifica la naturaleza, al sol que brilla en el firmamento, á la luna que ahuyenta las sombras de la noche, y á una multitud de ejércitos aguerridos y bien disciplinados cuando se preparan al combate. Si en la tierra, en donde tuvieron principio las glorias de esta Virgen de vírgenes, un espíritu de primer orden la saluda humildemente llena de gracia, poseida del Espíritu del Señor, y bendita entre todas las mujeres (*Luc. I, 28*); en el cielo no uno, sino todos los coros angélicos admiran sus gracias y perfecciones, y como á Esposa predilecta del triunfador augusto de la muerte y del infierno, decretanla los mas pomposos triunfos, y la ovacion mas magnífica que concebirse pudo. Y todo esto, carísimos oyentes, ¿no se debia de justicia á aquella que, constituida Madre del Salvador del linaje humano, fue el arca viva y verdadera en donde la infinita Sabiduría obró la reconciliacion del mundo, la salvacion de la humanidad naufraga en el diluvio de la culpa y la santificacion de los Ángeles? ¿Quién sino María ha sido el acueducto por donde el esclavo recibió la libertad, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador el perdon, el justo la gracia, el Ángel la alegría, y toda la Trinidad beatísima la gloria²? Instruidos, pues, por la doctrina de la fe que María es Madre de Dios, y siendo este augusto título el fun-

¹ Perge Maria: perge secura in bonis Filii tui; fiducialiter age: tamquam Regina, Mater Regis et Sponsa, tibi debetur regnum et potestas. (*Guerric. Abb. apud. Liguor. Glor. de Mar. t. I, cap. 1*).

² De plenitudine ejus accipiunt universi: Captivus redemptionem, æger cu-

damento de toda su grandeza, ¿dudaríamos afirmar que esta misma fe nos autoriza y aun nos obliga á llamarla Reina y Señora de los Ángeles? En ninguna manera: antes bien añadimos que este dictado augusto viene siendo el lenguaje constante y sublime de la tradicion de todos los siglos: hé aquí el asunto de la

Segunda reflexion: Justamente aclamamos á María Reina y Señora de los Angeles, puesto que este es el lenguaje sublime de la tradicion de todos los siglos.

12. No bien se hubo pronunciado en el mundo el nombre de María, cuando en todas partes se la oyó aclamar Reina y Señora de los Ángeles. Apenas ensalzada esta augusta Virgen al cielo, ya el discípulo amado la ve en su maravilloso éxtasis rodeada de los resplandores del sol, pisando con su victoriosa planta la luna, y ciñendo como Reina una diadema de deslumbrantes estrellas. Esto era en el siglo I de la Iglesia; sucede á este el segundo, y tras él todos los demás; en todos ellos se multiplican los elogios de aquella majestuosa Reina, y escrito se lee en las producciones de los mas sublimes ingenios el título de soberana Señora de los Ángeles. Abried esos monumentos preciosos de la tradicion: aquí leeréis, «que no es posible hallar comparacion alguna entre los espíritus celestiales y la sola Virgen María; porque sola ella es mas gloriosa por su dignidad inexplicable de Madre de Dios, que todas la jerarquías de los Ángeles.» Así se expresa san Efrén de Siria¹. Allí «que Dios haciéndose Hijo de la Virgen la constituyó en una altura superior á la de todos los Santos y Ángeles.» Este es el idioma de Arnaldo Carnotense². Unas veces oiréis á san Anselmo afirmar «que el solo título de Madre de Dios dado á María, sobrepuja cuanto pueda decirse ó pensarse en su elogio;» pensamiento que coincide perfectamente con el del sapientísimo Abad de Celles, cuando decía: «Dad norabuena á María cuantos nombres brillantes inventar pudiéreis, llamadla Reina del cielo, Señora de los Ángeles, Emperatriz del universo; todo ello y mucho mas se incluye en su dignidad de Madre del Verbo, en virtud de la cual ha sido dada á los Ángeles por su restauradora, á los hombres por su re-

rationem, tristis consolationem, peccator veniam, justus gratiam, Angelus lætitiã, denique tota Trinitas gloriam. (S. Bern. serm. in Sign. magn.).

¹ Nulla comparatione cæteris superis est gloriosior. (Orat. de laud. Deip.).

² Maria constituta est super omnem creaturam. (Tract. de laud. Virg.).

«paradora, y á los demonios por enemigo terrible é incansable¹.» Otras admiraréis el entusiasmo piadoso de un Guillermo, que con las palabras mismas que la Iglesia dirige á María en su Asuncion gloriosa á los cielos, la felicita «por haber sido enaltecida sobre los coros angélicos, de tal manera que nada reconozca superior á sí misma sino su Hijo benditísimo, que es el unigénito de Dios².»

13. Nada, empero, tan sublime en este punto como el lenguaje del Crisóstomo. «Verdaderamente, escribe, fue un prodigio portentoso la bienaventurada Virgen María; si contemplais su grandeza ilustre, jamás pudo hallarse cosa semejante, porque excede al cielo y á la tierra; si investigais su excelencia, ni los Profetas, ni los Apóstoles, ni los Mártires, ni los Patriarcas, ni los Ángeles, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni los Serafines, ni los Querubines, ni cosa alguna entre las criadas, visibles ó invisibles, pudo sobrepujarla ni igualarla. Ella es la Madre de aquel que antes del principio fue engendrado por el Padre, á quien los Ángeles no menos que los hombres reconocen por Señor de todas las cosas. ¿Deseais conocer la superioridad de la Virgen sobre todas las potestades del cielo? Pues sabed que estas asisten en su presencia con temor y temblor, cubriendo sus rostros en testimonio de su reverencia; mientras que María ofrece á su Unigénito todo el linaje humano, para que por sus méritos consiga el perdon de sus culpas y la eterna salvacion³.»

¹ Si cæli Regiam, si Angelorum Dominam, vel quodlibet aliud protuleris, non assurges ad hunc honorem quo predicatur Dei Genitrix. (Lib. de Pan. cap. 31).

Non tantum sibi te fecit, sed te Angelis dedit in instaurationem, hominibus in reparationem, dæmonibus in hostem. (Id. In Prolog. Cont. Virg.).

² Matrem dico exaltatam super Choros Angelorum, ut nihil contempletur super se Mater, nisi Filium suum. (Serm. IV de Ass.).

³ Magnum revera miraculum fuit beata semper Virgo Maria. Quid namque illa majus aut illustrius ullo unquam tempore inventum est, seu aliquando inveniri poterit? Hæc sola cælum ac terram amplitudine superavit. Quidnam illa sanctius? Non Prophetæ, non Apostoli, non Martyres, non Patriarchæ, non Angeli, non Throni, non Dominaciones, non Seraphim, non Cherubim, non denique aliud quidpiam inter creatas res visibiles aut invisibiles majus aut excellentius inveniri potest... Hæc ejus Mater est qui à Patre ante omne principium genitus fuit, quem Angeli et homines agnoscunt Dominum rerum omnium. Visne cognoscere quanto Virgo hæc præstantior sit cælestibus potentiis? Illæ cum timore et tremore assistunt faciem velantes suam: hæc humanum genus illi offert quem genuit. Per hanc et peccatorum veniam consequimur. (S. Joan. Chrys. Serm. de Deip. apud Metaphrast.).

14. No es posible, católico y religioso pueblo, no es posible resumir en un breve discurso los testimonios de diez y ocho siglos: por mas que lo intentásemos, jamás el éxito de nuestra empresa corresponderia á nuestros deseos. Yo os diria con el Doctor angélico, que aquella cuyo mérito sobrepujó al de todos los hombres y Ángeles, debió ser y fue de hecho ensalzada sobre todos los órdenes celestes¹. Os repetiria con san Pedro Damiano, que á la manera que la luz de la luna y demás astros que embellecen el firmamento, desaparece en presencia del sol, del mismo modo María oscurece de tal suérite en la gloria el resplandor de todos los espíritus angélicos, que parecen no existir delante de ella². Añadiria con san Bernardino de Sena, que así como todos los planetas reciben la luz del sol, no de otro modo los Ángeles y todos los habitantes del cielo reciben luz y gozo mayor de la vista de María³. Y aun despues de todo esto ¿cuántas cosas mayores aun y mas sublimes me restarian por decir? Enmudezcamos, pues, en un asunto de suyo interminable, y reconociendo con el sapientísimo Gerson, que María excedió cási infinitamente á los Ángeles en beldad, en gracias, en virtudes y méritos desde el momento mismo de su animacion; que desde entonces poseyó todas las perfecciones de las criaturas, no menos que el primero de los Ángeles posee todas las de sus inferiores; que constituye en el cielo una jerarquía aparte, mas sublime que las jerarquías angélicas, y la segunda despues de Dios⁴; concluyamos sin vacilar que esa Virgen excelsa es la verdadera Reina y soberana Señora de los Ángeles, é incomparablemente mas que todos feliz y bienaventurada.

15. Hé ahí, católicos, el lenguaje de la tradicion, el idioma de los Padres y Doctores de la Iglesia católica. Ni uno solo hay que haya dejado de reconocer y admirar las eminentes prerogativas de María sobre todos los coros angélicos: ni uno que no la haya venerado con el mas cordial afecto. Los siglos y las generaciones vienen sucediéndose unas en pos de otras; todas la elevan templos y la dedican altares; y ni pueblo ni altar, ni templo alguno hay en el orbe católico, en donde veces mil no se le haya prodigado ese

¹ D. Thom. Aquin. Lib. de Sol. Sanct.

² S. Petr. Dam. Serm. de Assump.

³ S. Bern. Senen. tom. I, serm. LXI, art. 3, cap. 3.

⁴ Virgo sola constituit hierarchiam secundam sub Deo hierarcha primo. (Gers. Sup. Magn. trac. IV).

augusto dictado; en todas partes ha cantado y canta la Iglesia: *Regina Angelorum, ora pro nobis*. ¡Oh Reina y Señora de los Ángeles, rogad por nosotros!

16. ¡Cuántas veces habeis repetido estas palabras, vosotros fieles y venturosos habitantes de este pueblo! ¡Cuántas estas sagradas bóvedas contestaron al eco triunfal de Reina de los Ángeles que vuestros labios pronunciaron con entusiasmo, y que con emocion igual repetian tambien vuestros hijos á vista de ese sagrado simulacro que ha formado siempre vuestras mas puras delicias! ¡Oh monte santo! ¡oh cerro ilustre! ¡oh santuario augusto en donde la excelsa Emperatriz de los Ángeles dignárase fijar su habitacion de un modo tan prodigioso! Tú mejor que ningun otro monumento hablas hoy al corazon de estos piadosos hijos de María. Tú les dices lo que fueron sus padres, lo que hicieron y trabajaron sus venerandos abuelos en obsequio de su celestial Patrona! Esculpidas están en tus murallas los gratos recuerdos de su devocion y celo ardoroso en propagar sus glorias.

17. ¡Ah! recordad aquel dia feliz y siempre grato en la memoria de los hijos de Getafe, en que vuestros padres, cuyas cenizas descansan hoy en el sepulcro, reuniéndose como allá en otro tiempo los hijos de la cautividad, y llenos de un celo igual al de Josedec, Josué y Zorobabel, restauraron las ruinas del templo de María, y multiplicando los sacrificios en proporcion de su amor, hicieron construir un trono magnífico en donde colocaran la sagrada Imágen², á quien consagraron los mas solemnes cultos que jamás se conocieran³, y en cuyo derredor agrupados el pobre, el rico, el

¹ Al Este de Getafe, á distancia de media legua y á la orilla del camino real de Madrid á Aranjuez, está situada la magnífica capilla de Nuestra Señora de los Ángeles sobre una eminencia que ha tomado su denominacion, llamándose comunmente el cerro de los Ángeles. De este sitio es traída la sagrada Imágen todos los años en su carroza á la iglesia parroquial de dicho pueblo, en donde se celebran solemnes funciones por espacio de tres dias, que son los de Pascua del Espiritu Santo.

² En 1772 se construyó el carro triunfal de Nuestra Señora de los Ángeles de talla dorada, con ocho angelones del mismo material y varios jeroglíficos alusivos á los atributos de María santísima. Costó su hechura 27,000 rs., y todo se ejecutó á expensas de los devotos que contribuyeron con sus limosnas á tan plausible objeto. (Así consta de un antiguo manuscrito que conserva una familia respetable de Getafe, por quien fue confiado para trabajar el presente discurso).

³ En dicho manuscrito asegura su autor, que fue un respetable eclesiástico,

jóven, el anciano, la tierna doncella, y el balbuciente infante, la aclamaron su Reina, su Protectora benéfica, decretándola un triunfo anual, y consignando sus nombres en el catálogo de sus perpétuos y fieles servidores. ¡Reposad en paz, cenizas venerandas! Jamás este pueblo olvidará vuestra memoria; vuestros nombres, grabados en el corazón de vuestros hijos, formarán una página de oro, que, transmitiéndose incorruptible á las generaciones por venir, servirá al tiempo mismo de aliciente poderoso que encenderá en sus pechos el fuego del amor, y conservará inalterable el culto de la Reina de los Ángeles. Sí, pueblo religioso, todo en ese asilo venerable respira amor hácia tu dulcísima Patrona; todo en él te predica á grandes voces la confianza ilimitada con que debes recurrir á sus piedades. Á ellas recurrieron tus antepasados, y jamás quedaron burladas sus esperanzas. No porque las sombras del olvido hayan extendido su manto sobre los prodigios sin cuento obrados por la invocacion de María en su bella efigie de los Ángeles, creas que son menos ciertos los que por el canal de una tradicion constante y no interrumpida han llegado á tus oídos. ¿Quién jamás la invocó con fe y corazón puro, y dejó de ser escuchado? ¿Quién con sinceras intenciones la confió el éxito de sus empresas, y fue desatendido? ¿Quién ante sus sagradas aras derramó lágrimas de verdadera compuncion, y no fue consolado?

18. ¡Ah! no es posible suponer ni indiferencia, ni olvido, ni ingratitud en aquella Virgen adorable que aunque ensalzada á ser Reina de los Ángeles, no por eso dejó de ser Madre cariñosa y compasiva de los hombres. Preguntad á vuestros padres, y ellos os dirán lo que en todos tiempos fue para ellos esa Virgen adorable. Cuando en la esterilidad clamaron hácia ella; cuando en la angustia en que les sumian los récios temporales la ofrecieron sus votos y plegarias; cuando amenazados de guerras intestinas se refugia-

que en los sesenta y tres años de edad que á la sazón contaba, no habia conocido unas funciones tan solemnes y suntuosas como las que se hicieron para estrenar el carró triunfal de que antes hicimos mencion. Llamó tan extraordinariamente la atencion de las poblaciones circunvecinas, que de todas ellas acudian en gran número gentes de todas clases, condiciones, sexos y edades. Entre las personas distinguidas que se hallaron, fue una la Excm. Sra. Duquesa de Medinaceli, quien regaló á la Virgen un manto azul de mucha estimacion. El gasto de dichas funciones ascendió á mas de 40,000 rs., sin incluir muchas ofrendas y donativos voluntarios con que contribuyeron algunos particulares para el mayor realce de aquella solemnidad.

ron bajo su maternal manto, ¿no experimentaron los dulces efectos de su amor y de una proteccion decidida y sensible? ¿Á quién invocaron en todos sus conflictos? ¿Á quién recurrieron en sus pesares? ¿No los habeis oido mil veces decir llenos de un entusiasmo santo, que todo lo bueno que les ha acaecido, la abundancia de sus cosechas, la prosperidad de sus intereses, el éxito de sus especulaciones, la paz de sus familias, su dicha, su bienestar, se lo deben á María santísima de los Ángeles? Vosotros, pues, hijos bienhadados de padres tan virtuosos, no os desvieis un punto de la senda que os dejaron marcada. Seguid constantes tributando á María el culto puro y verdaderamente ilustrado de que vuestros antepasados os legaran tan bellos ejemplos. Ellos os contemplan hoy desde el cielo, y ofrecen sus votos ante el acatamiento de vuestra excelsa Reina por vuestra felicidad. Agrupaos en derredor de esa misteriosa Imágen, y despreciando altamente las groseras preocupaciones de un siglo impío é inmoral, ofreced entre el humo sagrado que cubre el ara santa, y los acentos del júbilo que entonan los ministros del santuario, un corazón contrito, un espíritu humillado, seguros de hallar en María un lugar de refugio y un asilo perpétuo en todas vuestras necesidades.

16. ¡Oh Reina y Señora de los Ángeles! Vos sois el genio protector de este pueblo. Á vuestro cuidado están confiados todos sus habitantes, sus hogares, sus posesiones, sus intereses y su porvenir. Vuestra es esta Cofradía que hoy os consagra sus anuales y reverentes obsequios. Miradla, pues, desde ese trono majestuoso de gloria en que os hallais colocada como Soberana á la diestra de vuestro Hijo, y visitadla con vuestras celestiales influencias: *Respice de celo, et vide, et visita vineam istam.* (Psalm. LXXIX, 15). Renovadla, pues que la plantó vuestra diestra, y haced brotar nuevos vástagos que la hagan florecer de dia en dia, y producir frutos opimos de devocion sincera y cordial, de justicia, de virtud y de santidad: *Perfice eam quam plantavit dextera tua.* (Ibid. 16). Tien-de tu mano protectora sobre estos á quienes elegiste para formar un pueblo de adquisicion, y sobre sus hijos, con quienes habeis confirmado y ratificado el pacto de alianza que hiciérais en las pasadas generaciones: *Fiat manus tua super virum dexteræ tuæ; et super filium hominis quem confirmasti tibi.* (Ibid. 18). Entonces, vueltos á una nueva vida, jamás nos apartarémós de Vos, invocarémós sin cesar vuestro dulce nombre, y este será para nosotros la prenda mas auténtica y el apoyo mas seguro de nuestra confianza: *Et*

non discedimus à te, vivificabis nos : et nomen tuum invocabimus. (Ibid. v. 19). Con esta viviremos tranquilos en este valle de quebranto, en esta region de dolor y de miserias, y llegado que fuere el dia de nuestra recompensa, irémos á reinar con Vos en compañía de los Ángeles á las eternas mansiones del cielo. Amen.

ASUNTOS

PARA LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

I. El P. Dijon se propone probar que tres grandes privilegios distinguen de todas las demás á la indulgencia de la Porciúncula, esto es, que es única en su especie, por las diversas condiciones de las tres personas que á ella concurrieron, sea para demandarla, sea para obtenerla, sea para concederla. Intervino san Francisco como abogado de los pecadores; la Virgen como Madre de pecadores, y Jesucristo como Juez de los pecadores. San Francisco la pidió á impulsos de su caridad; la Virgen la impetró en virtud de su suma autoridad; Jesucristo la concedió por su infinito poder.

II. Esta indulgencia, que viene directamente de Dios, es admirable á nuestros ojos, porque: 1.º fue concedida por Cristo; 2.º confirmada por Cristo, publicada por Cristo.—Fue concedida por Cristo en la iglesia de la Porciúncula, donde se apareció visiblemente, como galardón del celo en que ardía san Francisco, como señal del amor que tiene á los pecadores, y como monumento de su liberalidad en favor de la Iglesia.—Fue confirmada por Cristo á Francisco con un testimonio celestial, y al Sumo Pontífice con un testimonio de la tierra fecundada fuera de estacion.—Fue publicada por Cristo en la iglesia de la Porciúncula por ministerio de los Ángeles; en Asis por ministerio de los obispos, y en el corazon de los fieles por medio de su gracia.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Apparuit ei Dominus nocte, et ait: Audivi orationem tuam, et elegi locum istum mihi in domum sacrificii. (II Par. vii).

Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum. (I Joan. ii, 1).

Ipse est propitiatio nostra pro peccatis nostris. (Id. ii).
 Job servus meus orabit pro vobis: faciem ejus suscipiam, ut non vobis imputetur stultitia. (Job, xlii, 8).
 Christus semel oblatus est ad multorum exhaurienda peccata. (Hebr. ix, 28).
 Secundum magnam misericordiam tuam et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam. (Psalm. l.).
 Pete, Mater mea; neque enim fas est ut avertam faciem tuam. (III Reg. ii, 20).
 Hodie huic domui salus à Deo facta est. (Luc. xix, 9).
 Quidquid ligaveris super terram, erit ligatum et in cælo; et quidquid solveris super terram, in cælo quoque solutum erit. (Matth. xviii; Joan. xx).
 Omne debitum dimisi tibi, quoniam rogasti me. (Matth. xviii).
 Ecce tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (II Cor. vi).
 A Domino factum est istud. (Psalm. clxxvii).
 In terris visus est, et cum hominibus conversatus est. (Baruch, iii).

Figuras de la sagrada Escritura.

Salomon visitado por el Señor en el nuevo templo puede servir de imágen de cuanto acaeció á san Francisco en la iglesia de Porciúncula. (II Par. vii).

La mujer Tecuita que se interesa con David á favor de Absalon, es una figura de la Virgen que intercede delante de Dios en pro de los pecadores. (II Reg. xiv).

El citado Salomon, tan condescendiente con Betsabé, muestra el poder que María ejerce en el corazon de su divino Hijo en favor nuestro. (III Reg. ii).

Sentencias de los santos Padres.

Nihil tam dignum Deo quam salus hominis. (Tert.).

Oratio quæ non fit per Christum, non solum non potest deleere peccatum, sed etiam ipsa fit peccatum: (S. Aug. enarr. in Psalm. cviii).

Duo mediatores adventuri erant: unus qui corda filiorum Israel converteret ad Christum, et alius qui reconciliaret ad Patrem. (Cassian. serm. de Joan. Bapt. i. III, 1).

Sicuti sine Christo nihil factum est, ita sine Virgine nihil refectum est. (S. Petr. Dam., serm. de Ann.).